

Feb-1945

VIEJAS COSTUMBRES CUBANAS

Por el Arquitecto LUIS BAY SEVILLA

LA BARRRIADA DEL CERRO

Tulipán 14

DECIAMOS en el número anterior, al referirnos a esta casa de la calle del Tulipán, que ocupaba con su familia el señor Fernando Arizti, que una hija suya nombrada Felicia, había contraído matrimonio el 29 de septiembre de 1888 con el señor Manuel Sanguily y Garritte, en cuya casa fijaron desde entonces su residencia.

Hijos de este matrimonio fueron Fernanda, la encantadora *Nandita*, que acaba de rendir tributo a la muerte y que fué la dulce compañera del Dr. Rafael Nogueira, destacada figura de la medicina cubana y acaso el más grande de nuestros cirujanos de todas las épocas, porque sus éxitos fueron debidos, principalmente, a su maravillosa mano, ya que los elementos de antisepsia de que disponían los cirujanos de su época, eran muy inferiores a los que afortunadamente hoy se cuentan, pues, en aquellos días, no se habían descubierto las sulfas, ni tampoco la maravillosa penicilina, productos que tanto ayudan al cirujano de la época presente, a evitar y hasta vencer, las complicaciones post-operatorias de peritonitis y bronconeumónicas, etc., que pueden presentarse después de una intervención quirúrgica de importancia.

Mario, que era el segundo de los hijos de los esposos Sanguily-Aritzti, falleció muy joven en esa misma casa del Cerro, víctima de un ataque apendicular y Monolo, el más joven de los tres, se graduó como su padre de abogado y contrajo matrimonio con la señorita Sarah Cuervo.

He mencionado anteriormente al Dr. Rafael Nogueira, y aunque sea para hablar de mí mismo, no puedo silenciar todo lo que debemos mis más hondos afectos y yo, a esta gloriosa figura de la medicina cubana.

Teniendo cuatro años de casado y un único hijo, que escasamente había cumplido un año de edad, fuí víctima de un intenso ataque apendicular, que ofrecía un cuadro clínico peligroso, pues tenía fuerte dolor en el vientre, temperatura por encima de 38 grados y el análisis de la sangre acusaba una elevadísima cantidad de leucocitos.

En esas condiciones fuí examinado por el doctor Nogueira, aconsejando este cirujano, que no me ocultó en esa ocasión el estado de gravedad, la inmediata intervención quirúrgica, como única solución. Confieso, que al conocer cabalmente el estado en que me encontraba, torturaba mi espíritu grandemente la idea de que mi hijo quedara huérfano a tan tierna edad, y convencido, como buen católico, del gran poder de Dios, a él me encomendé, haciéndole saber a mi mujer, el deseo de confesar y comulgar, antes de salir para la clínica, lo que realicé minutos después, con el buen sacerdote que presurosamente había respondido a mi llamada.

De cómo conforta el ánimo la religión y la fe católica, puedo yo hablar ampliamente, porque a partir de aquel inolvidable momento, mi espíritu se sintió más confortado y fué absoluta la seguridad que abrigué, después de comulgar, de que mi vida se salvaría.

Media hora después de abandonar mi residencia, me operaba el Dr. Nogueira, a la una de la tarde en la "Clínica de los Dres. Núñez Bustamante", que pudo, en esta ocasión, sumar un éxito más a su carrera de triunfos, pues su gran capacidad, en lucha heroica y desesperada, pudo al cabo, arrancarme de las garras de la muerte. Después de la operación y auxiliado por el Dr. Angel Pérez André, que era en aquellos días médico interna de la clínica y del alumno *July* Sanguily, que cursaba el cuarto año de la carrera de medicina y se formaba junto a ese maestro, logró el Dr. Nogueira vencer, una tras otra, las complicaciones que se fueron presentando: parálisis intestinal, gangrena de la extensa herida que fué necesario hacer, septicemia, acentuados síntomas de peritonitis y, finalmente, para que nada faltara, un fuerte ataque de disentería amebiana.

Perdóname amable lector, que me haya apartado del tema, para hablar de mí, pero, es tanta la gratitud que guardo al Dr. Nogueira, que no puedo reprimir la necesidad de expresarla, cada vez que pronuncio o escribo su nombre.

Volviendo a la familia de Don Manuel Sanguily, diremos que éste tuvo dos hermanos, Gui-

lhermo y Julio, este último, destacada figura de la revolución cubana, donde por su valeroso comportamiento alcanzó el grado de General.

Estos tres hermanos, huérfanos ya de padre, tuvieron la inmensa desgracia de quedar completamente desamparados, al morir su madre la señora María Garritte, que era una dama de origen inglés, por lo que, el Cónsul de la Gran Bretaña en La Habana, Mr. Crawford, les dió abrigo hasta que Julio, el mayor de los hermanos, fué a residir con la familia Aguirre, a quien le unían lazos de parentesco; Manuel, lo tomó a su cuidado, su padrino de bautismo el Coronel del Ejército Español Don Manuel Pizarro y Morejón, que en aquella época residía en la Calzada del Cerro, en la casa que aún se conoce por el nombre de *la casa de las culebras*, nombre este, que lo originaron unos cisnes, bastante mal hechos, que forman la balaustrada del portal. El tercero de los hermanos, nombrado Guillermo embarcó con un familiar rumbo a Australia, donde fijó su definitiva residencia.

Manuel, en el año 1856, teniendo sólo ocho años de edad, ingresó en el Colegio "El Salvador", bajo la dirección de Don José de la Luz y Caballero, haciendo allí, sus estudios de primera y segunda enseñanza y llegando a ser el discípulo predilecto del gran educador.

Contando sólo 16 años, quiso su padrino el Coronel Pizarro, dedicarlo a la carrera militar y, al efecto, le anunció el deseo de enviarlo a una Escuela Militar de España, pero, el muchacho, se negó a obedecer, expresando, reiteradamente, que prefería estudiar esa carrera en la *Academia de West Point*, establecida en los E. U. A., originando esta disparidad de criterios, un incidente entre ambos que culminó en que el muchacho abandonara para siempre, la residencia de su padrino, durmiendo aquella noche, sobre las frías baldosas de los portales del Palacio de Aldama.

Don José Marín Zayas, que en esa fecha, era Director del Colegio *El Salvador*, deseando ayudarle, le nombró profesor sustituto del mismo, y en aquella casa permaneció Sanguily, hasta el comienzo de la guerra de 1868.

En 9 de enero del año siguiente, encontrándose cursando la carrera de Derecho en la Universidad de La Habana, sin consultarlo con nadie, se embarcó en el vapor *Columbus*, llegando a Nassau el día 11. El día 13 por la noche, en unión de unos 132 cubanos, que en el momento

de partir se vieron sin jefe, porque el designado para mandar la expedición decidió quedarse, salieron rumbo Cuba en la goleta *Galvanic*, en la madrugada del siguiente día, desembarcando con solo nueve compañeros en el embarcadero de La Piedra (Cayo Romano) a tiempo de presenciar la captura del *Galvanic*, por el barco español *Conde de Venadito*, comenzando para Sanguily su vida de mambí, llegando a obtener el grado de Coronel, ganado, uno a uno, por hechos de armas.

En 11 de septiembre de 1878, triste, decepcionado y en la mayor miseria, embarcó para España, para continuar en la *Universidad Central de Madrid*, los estudios de Derecho, que había suspendido, para lanzarse a la revolución, protegido en esta ocasión por la Sra. Francisca Moliner viuda de Ayestarán, madre de Luis, su íntimo amigo y compañero de colegio y de guerra, haciendo los ejercicios de grado el 29 de julio de 1879. Graduado de abogado, regresó a la Habana el 6 de octubre del propio año, comenzando a trabajar en los bufetes de los Dres. Antonio González de Mendoza y Emilio Ferrer y Picabia.

La muerte de su hijo Mario, produjo en Don Manuel tan doloroso efecto, que nunca más volvió a reír ampliamente, dedicándose con su santa compañera desde aquel terrible momento, a cuidar y querer a los dos hijos que le quedaban. La muerte de este hijo, fué el tercer golpe rudísimo que el destino le asestaba y del que nunca pudo conformarse.

Días después de muerto Mario, abandonó Don Manuel con su familia, la casa del Tulipán, yendo a residir en la calle L entre 17 y 19, en el Vedado.

Una grave dolencia, que seguramente le invadió desde niño, cortó la existencia de Don Manuel, estando a su lado sus grandes afectos, el día 23 de enero del año 1925, preocupándose también, en sus últimos instantes de lucidez, por su hermano Guillermo, de quien no tenía noticias recientes. Como una ironía del destino, al día siguiente de su muerte, encontrándose aún su cadáver en capilla ardiente, se recibió en la casa, una carta que Guillermo le dirigía desde Londres, dándole noticias de su salud e interesándose por la suya y la de toda la familia.

De llegar esta misiva unas horas antes, hubiera muerto Don Manuel con la grata tranquilidad de que su hermano estaba bien de salud y le recordaba con el gran afecto que siempre les unió.